

12

La bendición del dolor

BRAULIO PÉREZ MARCIO

*“Desnudo salí del vientre de mi madre, y desnudo volveré allá.
Jehová dio, y Jehová quitó; sea el nombre de Jehová bendito”*
(Job 1:21).

Entre los interrogantes que torturan sin piedad al ser humano, hallamos estos u otros parecidos: ¿por qué debo sufrir tanto? ¿Por qué el sufrimiento parece ensañarse conmigo? Sentimos que el dolor es nuestro pan diario, pan amasado con enfermedades y lágrimas; y muy a menudo llegamos al punto en que sentimos que es muy difícil seguir resistiendo.

El dolor se manifiesta dondequiera

Cuando nuestros primeros padres desobedecieron al Todopoderoso en el huerto del Edén, se lanzaron, y nos lanzaron, por una ruta plagada de angustia y espinas, donde hay muy pocas alegrías, que a menudo no alcanzan para que se oreen y desaparezcan las lágrimas con que frecuentemente llora el corazón humano.

Después de la caída, vivimos de lo que produce la tierra, de lo que nos da, de lo que nuestra perseverancia es capaz de obtener de ella con la bendición divina, pero con una salvedad: “Con dolor comerás de ella

todos los días de tu vida" (Gén. 3:17). Desde entonces el sufrimiento ha estado y está en todo lo nuestro. La angustia parece haberse aposentado definitivamente en el corazón humano. Nacemos con dolor y con dolor morimos. El dolor está, sin excepción, en todo lo que vive sobre la Tierra.

A veces, el sufrimiento oprime nuestro ser porque nos faltan los recursos para sobrevivir. Las obligaciones que debemos afrontar son cada vez mayores y los ingresos no siempre bastan para satisfacer esas necesidades. A veces es la enfermedad la que nos sume en el dolor y la preocupación; la enfermedad de un miembro de nuestra familia, o nuestra propia enfermedad. Y la tristeza aumenta cuando el sepulcro reclama a uno de nuestros seres queridos. ¡Cuánta angustia, cuánto dolor significa eso para nosotros! Tenía razón Osvaldo Loudet cuando dijo: "No hay corazón sin cicatrices".

Un mensaje positivo

Aunque muchos se resistan a creerlo, el sufrimiento puede convertirse en una bendición. El dolor es un crisol que consume la escoria y prepara el espíritu para la acción. La historia ha demostrado que muchas de las grandes obras de la humanidad se realizaron por hombres que estaban sometidos a un terrible sufrimiento, algunas veces de carácter físico, otras de carácter moral o intelectual.

Cervantes no escribió la obra máxima de la literatura española en los días en que todo le era fácil y la comodidad abundaba. No, la escribió en una cárcel en la que pasó largos meses. Es probable que de no haber padecido Cervantes ese sufrimiento, Don Quijote, con Sancho a la zaga, no hubiera sido nunca las delicias de tantos millones de personas. *La divina comedia*, de Dante Alighieri, se originó en condiciones muy similares. Milton no escribió su gran obra *El Paraíso perdido*, sino después de haberse apagado su vista. Ciego ya, le dictó a su hija su libro. Descartes y Kant llegaron a la fama universal por su pensamiento pese a su precaria salud. Toscanini, el gran músico y compositor italiano, sufría de artritis aguda. Y la lista podría ser interminable. Dijo Christopher Morley: "A los 45 años, cualquier hombre que valga la pena tiene acumulada ya una corona de espinas; el problema es aprender a llevarla con donaire".

Soluciones a nuestro alcance

¿Tiene alguna solución el problema del sufrimiento? ¿Hay algo que nosotros podemos hacer para evitarlo, o por lo menos para reducirlo a una expresión menor? Y contestamos que sí, que en gran parte la solución del problema está en nuestras manos. En primer lugar, debemos analizar con honradez el motivo por el cual sufrimos. Si así lo hacemos, reconoceremos que, por lo general, el sufrimiento es el resultado de la transgresión de las leyes de la vida. Descubriremos, entonces, que con frecuencia somos responsables del dolor que nos aqueja. En el terreno físico, a veces, sufrimos enfermedades a causa de nuestra intemperancia. Comemos cosas que nos hacen daño, pero cedemos a la gula y nos dejamos arrastrar por el apetito, y luego pagamos las consecuencias. O es el alcohol el que en mayor o menor grado nos ha esclavizado con todas las derivaciones que eso tiene sobre nuestro organismo. O quizás el tabaco que cava fosas para quienes se entregan a su humo.

Hay cosas de otra naturaleza, a cuya atracción cedemos, que nos provocan problemas y pesares. Por ejemplo, hablar mal de los demás. Dejarnos arrastrar a una crítica malsana; dejarnos inflar por la vanidad y el orgullo; permitir que nos corra la envidia; pretender lo que no nos corresponde. A todo esto se refiere el apóstol Pablo al decir: "La tristeza del mundo produce muerte" (2 Cor. 7:10).

¿Los que nos rodean nos están causando tristezas?

Con frecuencia buscamos la explicación de nuestros sufrimientos en los demás. Concluimos que son los otros quienes provocan las condiciones que producen tanto dolor en nosotros. Lo cierto es que, por lo general, la ofensa, o la presunta ofensa de los demás, nos hiere y nos lastima en la misma proporción en que hayamos desarrollado nuestra susceptibilidad y nuestra capacidad de ofendernos. Se nos hiere en la medida en que damos lugar a la manifestación de nuestro amor propio. Y, naturalmente, en estas condiciones se sufre enormemente. En este caso, la cura de nuestro sufrimiento debe comenzar dentro de nosotros mismos. Dios mediante, debemos eliminar de nuestro carácter aquellas cosas que alimentan exageradamente el amor propio. Y entonces, debemos hablar con las per-

sonas con quienes tengamos dificultades con franqueza y con amor, con tolerancia, con buena voluntad, con sinceridad. Si lo hacemos, nuestro estado de ánimo cambiará. Veremos en su debida proporción las cosas que antes parecían enormes; y seremos más felices. Nos sentiremos más cerca de Dios, más unidos a nuestros semejantes.

Victoriosos ante el embate del dolor

Hay una clase de sufrimiento, del cual no nos cabe la total responsabilidad. Por ejemplo, el caso de José, el hijo de Jacob, en la antigüedad. ¡Cuán dolorosa fue su odisea! Aquel niño mimado estuvo a punto de ser muerto por sus hermanos, quienes al fin optaron por venderlo en calidad de esclavo. ¡Esclavo, amigo mío! ¿Entiendes lo que es eso? Para sus dueños, José dejó de ser un ser humano, para convertirse en algo vendible y comprable. Era simplemente una cosa que valía tanto como pagaran por ella. Y como esclavo fue llevado a un país extraño, donde a poco de llegar fue a dar en la cárcel. Pero la luz se hizo en la vida de José; resistió sus sufrimientos con plena confianza en Dios. Y triunfó sobre ellos.

Ahí está también Moisés, que después de ser nada menos que el heredero del trono más poderoso de la Tierra en aquel entonces, el de Egipto, prófugo y con una sentencia de muerte sobre su cabeza, tuvo de huir al desierto de Madián. Allí conoció durante cuarenta largos años la torturante angustia de la soledad y el sufrimiento. Pero encaró esa prueba con tal dignidad, que fue en ese desierto donde se hizo verdaderamente grande. Ahí está el antiguo ejemplo de Job, que perdió bienes, salud, familia y prestigio. Sin embargo, en medio de su total desventura supo decir: "Desnudo salí del vientre de mi madre, y desnudo volveré allá. Jehová dio, y Jehová quitó; sea el nombre de Jehová bendito" (Job 1:21). Ni una sola palabra de queja brotó de los labios de Job; cada vez que nombró a Dios, fue para bendecirlo, para confirmar su fe en él. Su fe se vio recompensada. Sanó por fin, y hasta una nueva familia vino a endulzar sus últimos días. Y, lo que es más importante aún, contó con la bendición de Dios, no solo para vivir en este mundo, sino para asegurarse el venidero. ¿Y qué podemos decir de Saulo de Tarso, conocido más tarde como el apóstol Pablo? Cuando sacrificando posición y poder, se unió a la secta de los desprecia-

dos seguidores del Nazareno, se lanzó a un camino de sufrimiento y de dolor que lo condujo al martirio.

Una promesa notable

Tanto en la vida de José, de Moisés, de Job y de Pablo, se cumplió esta notable promesa: “Y sabemos que a los que aman a Dios, todas las cosas les ayudan a bien” (Rom. 8:28). Amigo mío, para quien ama a Dios, todas las cosas son para bien, aun aquellas que duelen, aun el sufrimiento, aun las angustias de la vida. Esta es una gran verdad que nunca debemos olvidar. El mármol podría quejarse de los golpes del cincel que le aplica el artista, pero gracias a ellos, se produce la estatua. Gracias a los golpes que nos da la vida, también nosotros podemos convertirnos en una obra aceptable para Dios.

El sufrimiento temple nuestro carácter, nos ayuda a eliminar nuestro egoísmo que lo quiere todo para nosotros. El sufrimiento nos enseña a confiar en Dios, y elimina todo lo que es indiferencia hacia lo divino. El sufrimiento debe conducirnos a interesarnos en los problemas y en las necesidades ajenas, debe ayudarnos a ser menos duros con los demás, debe ayudarnos a ser más tolerantes con las actitudes y las ideas de los demás.

Un fruto glorioso de la tribulación

Solo un cristiano como lo fue San Pablo, pudo decir por inspiración divina: “Nos gloriamos en las tribulaciones, sabiendo que la tribulación produce paciencia” (Rom. 5:3). Obsérvese que la tribulación produce paciencia. Es esta una de las virtudes que más necesitamos. Necesitamos aprender a no quejarnos de nuestros sufrimientos. El que se queja revela falta de madurez. Por otra parte, nada ganamos con quejarnos. Saber sufrir, rodea al dolor de una aureola de dignidad. Decía Sócrates: “Si los infortunios de toda la humanidad se pusieran en un solo montón, y cada uno tuviera que tomar una porción igual, la mayoría de la gente se conformaría con tomar sus infortunios propios y marcharse”.

Recordamos el caso de aquel soldado que hacía catorce dolorosos días que estaba solo en su habitación después de haber sufrido una gravísima intervención quirúrgica. Estaba compadeciéndose a sí mismo, cuando

llamaron a la puerta y alguien entró apoyándose en un par de muletas y arrastrando un pie. Miró detenidamente la habitación, y luego al volver para retirarse, dijo: "Perdóneme, he sido muy descortés. Me he dejado llevar por mis recuerdos. Me hirieron en Francia y pasé cinco años tendido en esta habitación sin esperanza de dejarla jamás. Pero ahora –dijo alegremente –estoy bien, gracias a Dios". Cuando el ruido de las muletas se alejó por el corredor, el soldado que hacía solo catorce días estaba en aquella habitación, tenía lágrimas en sus ojos. Había comprendido que sus dolores, que sus sufrimientos, se reducían a muy poco comparándolos con los de aquel optimista que acababa de salir.

"Varón de dolores, experimentado en quebranto"

En medio de nuestros sufrimientos, con frecuencia nos condelemos de nosotros mismos, en vez de llevar nuestros problemas a Jesús de Nazaret. Él padeció mucho más de lo que cualquiera de nosotros podría sufrir. Dejó toda su gloria en los cielos para venir a esta Tierra y tomar nuestra humanidad sobre sí para redimirla en la cruz. Pero ocurrió lo que había anticipado el profeta Isaías. Fue "despreciado y desechado entre los hombres, varón de dolores, experimentado en quebranto" (Isa. 53:3).

Fue despreciado por su propio pueblo e incomprendido por aquellos a quienes venía a redimir. Se burlaron de sus intenciones y de su divinidad, y por fin, le dieron muerte, crucificándolo entre dos ladrones. Y no había ninguna culpa en él. Para nuestro ejemplo y bienestar, Jesucristo demostró constantemente su infinito amor y compasión por los dolientes. En el capítulo 11 del evangelio según San Juan, se dice que "Jesús lloró" (Juan 11:35). Había muerto su amigo Lázaro, y cuando el Maestro llegó a Betania se encontró con que ya lo habían sepultado. Las hermanas del fallecido sufrían el agudo dolor de esa pérdida. En realidad, toda la aldea sufría con ellas, porque Lázaro era, indudablemente, un hombre de bien. El Nazareno lo quería sinceramente, hasta el punto que en su honda pena por él, rompió en llanto.

Pero las lágrimas de Jesús de Nazaret eran más profundas y valiosas, porque no lloraba solo por Lázaro. Lloraba por todos los que tendrían que pasar por la misma experiencia a lo largo de los milenios como con-

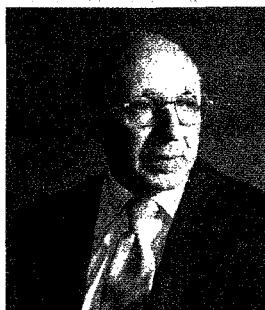
secuencia del pecado. Lloraba por la angustia que seguirían experimentando los seres humanos ante la tumba, y que él, sobre todo en aquellos momentos, comprendía de una manera intensa. Jesús lloró por nosotros.

Amigo mío, si tú estás sufriendo en este momento, si el dolor ha llamado a tu puerta y ha ensombrecido tu vida, acepta la siguiente invitación de Jesús: "Venid a mí todos los que estáis trabajados y cargados, y yo os haré descansar" (Mat. 11:28). Acude a los pies del Maestro, y hallarás descanso. Su paz y su bendición te acompañarán siempre.

En el poema titulado "Tú también sufres", Claudio Gutiérrez Marín se dirige al Señor con un mensaje, que lo podemos hacer nuestro:

Señor, todo lo sabes, no ignoras mis dolores.
La vida en su sonrisa tiene algo de amargor,
y hay un dolor en cada uno de mis amores,
y un amor en cada grito de mi dolor.
Mas tú lo puedes todo. Tú hiciste de la nada
lo que jamás el hombre podrá con su saber;
tú a la fuente imprimiste su mágica balada,
y al ave diste el trino, y a mí me diste el ser.

Todo lo puedes, todo. Tu voz el mundo entero
escucha prosternado en sacrosanta unción.
Yo, como el viejo apóstol: "Tú sabes que te quiero",
digo mientras imploro: "Señor, ten compasión".
Y luego van mis lágrimas calmando los acentos
del alma aprisionada en cárcel de dolor;
y siento inmensa pena cuando me gime el viento:
"Tú sufres, que eres hombre, ¿y Dios que es todo amor?"



El pastor Braulio Pérez Marcio nació en 1904 en España, pero vivió la mayor parte de su vida en la Rep. Argentina, donde realizó los estudios de Teología y comenzó su ministerio. Fue el fundador, director y orador principal del programa radiofónico internacional La Voz de la Esperanza. Durante más de 30 años dedicó su vida a ese ministerio. A lo largo de sus años de servicio, el pastor Pérez Marcio dirigió campañas de evangelismo en todos los países latinoamericanos, como también entre la población hispana de los Estados Unidos. Dotado de un talento especial para la escritura, don Manuel, como era llamado cariñosamente, fue un gran poeta cristiano. Unió su vida con Felisa, con quien tuvo dos hijos: Isabel y Rolando.